

to de un cambio de punto de vista histórico, se obre en algun otro, he escrito las presentes páginas.

Las dedico á la noble, á la gloriosa, á la venerable memoria del teniente coronel de Guardias, del Conde Pablo Federico de San Sebastian.



## LA ROCA DE CAVOUR





## LA ROCA DE CAVOUR



UNA niebla ligera y trasparente velaba el campo.

A través de ella se distinguían, como moles más espesas de su propia sustancia, grandes nubes de humo producidas por las hogueras de grama.

El sol, apenas salido, parecía que deseaba ocultarse é iba iluminando el aire con rayos pálidos, que repentinamente ocultaba, como tentáculos contraídos por el frio.

El aire era tan frio y tan desagradable que cortaba en efecto: los pocos viajeros que ocupaban los coches del tranvía de vapor, tenían los labios amaratados, y mis dos compañeros, no acababan nunca de frotarse las manos, como si al salir de Pinerolo hubiesen recibido una carga de buenas nuevas.



Uno era un acaudalado propietario, una especie de provinciano rústico, apasionado por la agricultura, pero por la agricultura práctica, como decía él, no por la de los profesores; un exterior obeso como de cincuenta años con una expresión de continua sonrisa burlona; el otro un exprofesor de Instituto muy amante de la historia patria y hablador acompasado y relamido, que se había ofrecido cortesmente á servirme de guía en la parte histórica.

Eran los últimos días de Octubre, cuando el campo piamontés despliega en toda su belleza los pomposos y tristes colores del Otoño. El tren corría en medio de viñedos de color de púrpura, de manchas de álamos y de robles pintados de rojo y de amarillo, de bosques de oro, de largas filas de moreras color de azufre y de tierra color de ocre, manchada aquí y allá de copas todavía verdes de algun árbol empeñado en no envejecer; y más allá de los árboles huían por ambas partes del camino prados vaporosos y campos cultivados en los cuales apuntaban tallos, como barbilla lacia y fina de adolescente.

\*  
\* \*

El campo estaba solitario: solo alguna campesina rubia apoyada en el rastrillo, alzaba los ojos hácia el tren, con aquella expresión..... con ninguna expresión.

Las gentes tenían todavía el aspecto soñoliento de los primeros instantes después de levantada, esperando para despertarse del todo, que el sol diese ejemplo, y las aldeas por donde pasábamos comenzaban apenas á abrir los ojos y á estirar los brazos.

Vimos, sin embargo, al pasar en una callejuela estrecha de un arrabal una comitiva nupcial de campesinos, que esperaban delante de una puerta; la novia encarnada, con grandes cintas blancas en la cabeza, las mujeres de gran gala, los hombres vestidos de negro, todos inmóviles, estirados; pero con ojos animados por el dulce pensamiento de la comilona y de la borrachera que les esperaba.

¡Eran felices con esta sola participación en la ceremonia!



Por todas las avenidas llegaban campesinos con grandes cestos llenos de huevos y de pollos; en poco tiempo se reunieron víveres para hartar á una compañía de soldados alpinos.

Iban todos al mercado de Cavour, que es de los más grandes de los alrededores; y se comprendía por las caras inmóviles y por el modo como se fijaban unos en otros sin mirarse, que estaban todos ocupados en sumar, en restar y en dividir, el dinero que pensaban ganar: algunos hacían estas cuentas con los labios, otros hacían la cuenta con los dedos sin alzar la mano de la rodilla para no ser descubiertos. Ninguno se movía.

Se sentía un intenso olor á queso de oveja, y á otros manjares.

Me parecía encontrarme en un tren especial de Francisco Cirio enviado bajo mi alta dirección á llevar las provisiones para el banquete de una fiesta inaugural.

\*  
\* \*

Bajamos á la entrada de Cavour en pleno mercado de cerdos, ó *canarios de bellota* como se llaman con culta metáfora en el dialecto piamontés.

El arrabal, que cuenta cerca de 8,000 habitantes, está edificado sobre la llanura, á los piés de la famosa roca á la cual debe su gloria y sus desgracias.

Como todos los pequeños á quienes les falta la ocasion de compararse, aquella roca tiene el aire de creerse una gran cosa; y, en efecto, vista desde allí abajo, aunque no sea más alta que dos veces la Torre de Giotto y se le pueda dar la vuelta en media hora, le dan la apariencia de una montaña ciertas formas largas y majestuosas de gigantesca alpina; y parece también más grande á la vista por efecto de la densa capa de vegetacion que la rodea por la espalda y por los lados. A primera vista hace efecto; no hay más que decir.



Quien llegase allí sin saberlo, la creería un monte artificial levantado por el monstruoso capricho de un antiguo tirano; una especie de colosal observatorio guerrero, una torre maciza y gigantesca edificada para tener á la vista á todos los feudatarios de la llanura, desde las orillas del Pó hasta las del Sangona.

Se comprende como haya sido siempre objeto de admiracion, empezando por Plinio, que escribió no haber visto jamás *montem á montibus separatam, nisi monte Caburri*, y acabando en Cárlos Denina, el cual la cree una mole precipitada de los Alpes (ocasionando algunas leves desgracias, lesiones curables en quince días, probablemente) y otros que la consideran salida espresamente de las entrañas de la tierra, casi de repente, como la cabeza de un titan sepultado, curioso por ver con sus ojos cómo andaban los asuntos de la casa de Sabaya.

\*  
\* \* \*

Su origen con todo esto, no tiene nada de maravilloso: es la estremidad, y como suele decirse, la espuela de la estribacion alpina, la cual baja del monte Gramera á dividir el valle del Pó del de Pellice: espuela la cual se levanta de un modo notable respecto á la hilera de montañas de que es término (lo que se ve frecuentemente) con esta singularidad por otra parte, que aparece aislada, porque la cadena de montecillos que lo reunen á las estribaciones de los Alpes está toda cubierta y perfectamente escondida por los materiales de aluvion que hay allí acumulado desde antiguos tiempos.

No es, pues, una vanguardia solitaria, un centinela perdido, del inmenso ejército alpino, sino la cabeza de una columna no interrumpida que camina por debajo de tierra. Respetemos la ilusion.

Sería ciertamente más poético que hubiese rodado allí desde el Monviso, como la peña de la comparacion manzoniana, tanto más que los caborrenses,



podrían vivir seguros, de no verla jamás y volverla á llevar á la altura por ministerio de una *virtud amiga*.

Pero tambien sin el origen maravilloso, este enorme bloque de *gneiss* (célebre entre los naturalistas por los belísimos cristales de cuarzo ahumado que se encuentran en las vetas de esta roca) es una riqueza para el país; es un monumento histórico y su belleza le dá sombra y frescura en el estío, lo resguarda de los vientos del mediodía, sirve de refugio á los enamorados y de estudio á los artistas y de vez en cuando de comedor para los mineralogistas y los geólogos á la manera del *Persico reale* y á *La Posta*. (Pídanse truchas fritas que es la especialidad culinaria del país).

\*  
\* \*

La aldea se parece á todas las demás aldeas del Piamonte; limpia, de colores alegres, ningun monumento, muchas hosterías.

Recorriendo con reposados pasos la calle principal, llegamos á la plaza del mercado. Estaba enteramente llena de gente: filas de campesinas, venidas de todos los alrededores y una doble procesion de hombres y mujeres del campo, apretados como á la salida de una iglesia: por todas partes, cestas de huevos y de pollos, tarros llenos de manteca, manojos de capones en la mano, serones llenos de gallinas, de gansos, de pavos, de conejos; una profusion de manjares sustanciosos, nutritivos, sólidos, frescos y sanos que daba gusto verlos ya brian el apetito de modo extraordinario.

La primera cosa que me eché á la cara fueron los grandes sombreros de ciertos sacerdotes que pasaban entre la multitud, algunos, Dios los bendiga, capaces de sostener el *Biancone* de la plaza de la Señoría.



Después, los sombreros de las campesinas, curiosísimos; sombreros de paja amarilla, de alas muy anchas, forrados de seda por abajo, rodeados por encima de anchas cintas de seda y de terciopelo que caen sobre los hombros, cubiertos por un velo de tul negro frangeados con abalorios rodeados de rosas, de plumas, de ramos de flores artificiales, de cadenas de latón, de broches de la forma de clavos ó de espadas, verdaderas banastas de vendedores ambulantes, que son los más abigarrados y raros muestrarios de colores chillones que pueden imaginarse.

Muchas tenían collares dorados, con varias vueltas, grandes sarcillos de vírgen y pañuelos al cuello amarillos ó encarnados.

Había hermosos cuerpos de mujer y talles de muchacha, con colores de manzana roja, con cabellos dorados como las espigas, apretados en las robustas cabezas como nudos de cuerda, anchas de hombros y de caderas, no de otro modo que como hechas á torno, derechas y esbeltas como pilares, y tan apretadas las unas contra las otras, que para pasar era preciso apretarse las sayas y delantales y se notaba por todas partes redondeces resistentes y alientos calurosos.

Era verdaderamente un mercado de campesinos piamonteses; fuera del vocerío de los mercaderes de

los barracones, no se oía una voz más alta que otra, ningun diálogo animado, ningun gesto impetuoso, ninguna cara arrebatada; una tranquilidad de aspecto extraordinaria, las manos casi inmóviles, plácidas sonrisas, movimientos lentos de cabeza y de ojos y una inteligencia entre ellos tranquila y sosegada.





Al ver tanta tranquilidad en medio de confusión tan grande, sentí un extraño afecto.

Me parecía que aquellas mujeres no habían sido nunca agitadas por una pasión y que darían su amor como daban la mercancía; sin embargo.....

Detengámonos algunos instantes para admirar un poco las bellezas más notables.

Pero nuestras miradas admiradoras, prosáicamente interpretadas, no producían otro efecto que acercarnos las gallinas en ademán de oferta.

Experimenté, sin embargo, un verdadero placer al pasear, al mirar de cerca aquella abundancia de todo, al sentir todas aquellas caras que vendían salud, aquel olor de tela de dos reales el metro, de cabellos peinados con agua, de leche, de paja, de peceras y de conejeras y me parecía purificarme para un mes de todos los perfumes de los peluqueros, de todos los olores desagradables y variados de las malas salsas, de telas y de teatros súcios, de libros.

odiosos y de pruebas de imprenta más odiosas, que estaba obligado á respirar en la ciudad.

Y no fué cosa fácil como presuñamos salir de allí dentro.

A la salida de la plaza nos encontramos encerrados en medio de un grupo de vendedores de queso, y fué preciso andar á codazos.

Después la cesta de una hermosa vendedora de pollos me separó de los compañeros; al fin, no tuve más remedio que separar dos enormes moles que cerraban la calle, y me volví á encontrar al aire libre con los otros, perfumado con los olores del mercado.



\*  
\* \*

Llegamos á otra plaza; entramos un momento en la iglesia mayor, grande y vacía, donde la voz del sacerdote que decía misa, estaba cubierta por un murmullo sonoro de los pájaros que volaban por las naves.

Después nos dispusimos para subir á la roca.

En aquella misma plaza, donde hay ahora una hermosa fuente de piedra, se cree, por ciertas inscripciones antiguas que se han descubierto en el país, que hubo allí un baño y una piscina, mandadas construir en una posesion particular y dadas después á los conciudadanos, *municipiis suis*, por cierta Segunda Asprilla, sacerdotisa de un templo consagrado á Drusilla, hermana de Cayo Calígula.

—No es esto sólo—me decía con vehemencia el profesor;—sino que entre los aficionados á los estudios arqueológicos, es opinion admitida que el antiguo baño se surtía del mismo manantial que proporciona el agua á la fuente de hoy.

Pero aquí tuve un rato divertido, porque el buen propietario agrícola profesaba tal desprecio por todas aquellas *simplezas* de erudicion antigua, y deploraba tan sinceramente que personas de buen sentido perdieran su tiempo en ellas, en vez de consagrarse á la agricultura, "verdadero fundamento de los Estados;" que sólo oír hablar de ellos, le repugnaba; y miraba á mi profesor con una cara tan provocadora, entre la fingida admiracion y la burla, que aquel se enrojecía de cólera, aunque aparentaba despreciarlo.

Cuando estábamos ya para entrar en la Iglesia, al oír que Aníbal había colocado cerca de Cavour el ala izquierda de su ejército (cuyo hecho, además de poderse demostrar con ciertos pasajes de Tito Livio, estaba probado por muchos colmillos de elefantes encontrados en aquella tierra), se había detenido en medio de la plaza, mirando fijamente al amigo, como se mira á un loco de atar. Pero cuando después oyó añadir aquello del regalo del baño y de Asprilla y de Drusilla, no se pudo contener.

—No lo crea, ¿sabe?—me dijo;—estas cosas son combinaciones de los doctores.

Y Cavour no ha sido, ni será nunca país pa-



ra descrito á tonfas y á locas por los forasteros.

El profesor se sonrió con infinito desprecio, y volvió á tomar el hilo de su discurso.

\*  
\*  
\*

La cosa estaba fuera de duda.

Cavour había sido una colonia romana y debía haber sido una fortaleza y un punto de guarnición; en las excavaciones hechas en distintas épocas se habían encontrado restos, capiteles con las efigies de Rómulo y de Remo, ruinas de acueductos, estatuillas de metal, candilejas, objetos fúnebres, medallas, monedas, entre las cuales, siendo el mayor número las del tiempo de Neron y de los Antoninos, había motivo para creer que había sido en tiempo de estos emperadores el período de mayor florecimiento de la antigua *Caburrum*.

Después siguió todas las alternativas comunes á casi todas las ciudades y las villas de aquella provincia del Piamonte; destruida por los bárbaros, reedificada por los sarracenos, sometida al condado de Turin en tiempo de los francos, española bajo los Marqueses de Susa, poseída después por los Condes de Saboya, conquistada por los Astigiani,



caída en poder de los Príncipes de Acaia, cedida á los Señores de Racconigi y vuelta de nuevo á la Casa de Saboya.

Y mientras escuchaba esta retahila de tratados, asedios, incendios y miserias, subíamos por un sendero pedregoso, en medio de un bosque de pequeños castaños y encinillas, coloreadas con todos los matices del amarillo, desde el cadmio al azafraán, y aún al verde aquí y allí, y como salpicadas de un polvo dorado, que pudiera arrastrar un soplo de viento.

No había casas, ni se encontraba á nadie; no se oía más que el graznido de los grajos en las alturas.

\*  
\* \*

Llegamos á la cima en media hora.

Una vez arriba se distinguen tres picos distantes como cien pasos uno de otro: el de la izquierda, llamado de los Perros; el de la derecha, del Castillo; el de en medio, del Torreón. El primero solo es notable por un espantoso precipicio que se abre á sus piés, una especie de Salto de Tiberio, que mide toda la altura de la roca, enhiesta en aquella parte, y terrible como la muralla de una fortaleza ciclópea que amenazase las entradas de los valles alpinos.

Sobre el pico de en medio no queda ya del antiguo torreón de Bramafame más que un trozo de muro redondo, tan alto como el brocal de un pozo, con dos troneras y rodeado de maleza y rosas silvestres.

El pico que conserva más restos es el del Castillo. Es también el más atrevido y salvaje: es un gran peñasco, una especie de jiba enorme de la



roca, inaccesible por todas partes, salvo por una escalerilla informe, abierta en la peña viva, y toda ella esculpida con nombres y con fechas: subiendo por allí, se llega, dando una vuelta, á la pequeña explanada donde se alzaba el Castillo. Aquí, por una red de pequeños senderos que suben y bajan entre las zarzas, las ortigas y las vides silvestres, se gira en un laberinto de ruinas, en medio de bocas de cisternas y de subterráneos, de fragmentos de muros agujereados por barbacas, de vestigios inciertos de puertas, de escaleras y lugares secretos, por los cuales es imposible reconstruir la forma del castillo que debía ser por lo demás, augusto, intrincado y lúgubre: un castillo pavoroso de brujas y de cuervos, no ménos triste para quien se hallaba dentro defendiéndolo, que tremendo para el que tenía que asaltarlo.

Erigido sobre aquella cima, protegía admirablemente la villa colocada á sus piés, encerrada por completo en un cinturón rectangular de murallas guarnecidas de torres, las cuales se prolongaban subiendo por la roca, hasta unirse con el castillo ó con el torreón, unidos á su vez entre sí por un parapeto ó alguna otra obra de defensa tallada en la piedra por cima de los pasos más escarpados.

\*  
\* \*

Tal era la fortaleza de Cavour al concluir el siglo decimosexto, cuando se la disputaron el general Lesdiguières y Carlos Manuel I, los dos soberanos contendientes de aquella guerra aventurera y memorable con que el duque de Saboya inició la gran política de balancin entre España y Francia: bien armonizados en verdad y hechos á propósito para medirse por su temeridad de capitanes, por su valor de soldados, por su prudencia, por su astucia, por su generosidad usada á tiempo y por su magnanimidad desplegada siempre.

El castillo, como se comprende, no podía ser tomado sino por asedio. No logró conquistarlo por asalto Lesdiguières, ni aun despues de haberse apoderado del torreón, y haber hecho subir allí, á fuerza de brazos y de gruas, dos piezas de artillería con las cuales cañoneaba el muro á cien pasos y á pesar de que cada tiro era una brecha: los cuatrocientos defensores, mandados por el conde Manuel



de Lucerna, no se rindieron sino por el hambre. Y ni áun así pudo tomarlo á viva fuerza Carlos Manuel, á pesar del gran deseo que tenía y del gran ejército victorioso con que contaba: tuvo que construir en el llano cinco reductos y esperar que no quedase á la guarnición ni agua ni pan.

Y una y otra vez los defensores salieron al rendirse con todos los honores de las armas.

¡Pobres cadáveres ambulantes! Debía ser una burla del infierno la idea de morir en ayunas allá arriba, pisoteados en aquella tétrica torrecilla, asacateados á través de las barbacas por aquel aire vivo de los montes que pone en el cuerpo del hombre la voracidad de la fiera y sentirse retorcer las entrañas por el hambre y por la sed, viendo allá en el llano humear las cocinas de los vivanderos, pasar los carros cargados de pan y correr los riachuelos argentinos en medio de los campos!

Porque debían verlo todo perfectamente desde arriba como sobre la palma de la mano: las hileras de las tiendas de campaña, el interior de los pabellones, los juegos y las querellas de los vivacs, y á Carlos Manuel que apuntaba los cañones como un capitán de artillería, y á Antonio de Olivares que discutía con él cortando el aire ambos con ademanes vigorosos, correspon-

dientes á sonoras frases españolas, entremezcladas de *¡Por Dios!* ó *Por vida mía!* ó *¡Mal rayo me parta!* que hacían retener el aliento al Estado mayor.





En medio de la explanada del castillo existe una pequeña cisterna redonda, casi toda llena de piedras y de escombros, entre los cuales hay mezclados muchos huesos humanos. Según se asegura, y no hay razón para dudar, aquellos deben ser huesos de carceres muertos por la soldadesca de Catinat en 1690. Plantada allí cerca, en memoria de aquellos muertos, hay una gran cruz de madera, que se ve todavía desde la llanura.

Aquella fué, la más desgraciada jornada de la historia de Cavour, digno principio de aquella horrible guerra de la liga, en que los ministros daban órdenes de asesinatos y se imponía á los generales el oficio de incendiarios, y á los soldados el de verdugos y ladrones.

La horrible tradición de aquella maldita carnicería está aún viva en el pueblo de la ciudad y del campo.

Era en Agosto de 1690

Apenas habían estallado los primeros gritos de la guerra, el general Catinat movió el ejército de Pinerolo hácia Cavour.

Si el bravo marqués de Parella, que estaba con cuatro mil soldados—entre ellos figuraban muchos valdenses—en las cercanías de Lucerna, hubiese sido avisado, pocas horas antes, de aquel movimiento, habría podido aún llegar á tiempo de improviso, y entónces se habría visto una buena cuanto equiparada refriega.

Desgraciadamente recibió la noticia demasiado tarde.

La ciudad estaba abierta, el castillo demolido desde hacía muchos años; la guarnición no se componía más que de una compañía del regimiento de Monferrato y de algunas tropas de milicias valdenses.

Una vanguardia, mandada por el marqués Du Plessis Belloire, fué recibida á tiros por algunos campesinos, que de pronto se vieron rechazados á poblado. Catinat mandó intimar la rendición.

La guarnición rehusó. Una columna se lanzó al asalto con cuatro piezas de artillería.

La defensa fué valerosa, pero inútil. Las trincheras fueron salvadas, y todo el ejército hizo irrupción.





Entonces los soldados, irritados por las largas marchas, abrasados por el sol y exasperados por la resistencia inesperada, saquearon, incendiaron, mataron oficiales y soldados, mujeres, viejos, aldeanos, niños de pecho, por los caminos, en las casas, en las iglesias, en las cantinas, á culatazos, á bayonetazos, á lanzadas, sordos á toda súplica y á todo llanto, sin discernimiento, sin tregua, sin misericordia.

Una parte de los habitantes y de la guarnición se había refugiado en lo alto de la roca: los invasores treparon allí como una bandada de tigres hambrientos y traspasaron y degollaron á cuantos encontraban á su paso.

Sólo unas ochenta ó noventa personas—entre ellas el gobernador, algunos oficiales, y el resto mujeres y niños—consiguieron salvar la vida, refugiándose en una casa de Cavour, en dónde había entrado Catinat á tomar un refresco de un boticario, cuyo nombre se ha conservado: Marentino.

La ciudad presentó durante muchísimos días un espectáculo capaz de helar las venas y de erizar el cabello: las plazas obstruidas por los restos del saqueo, casi todas las casas quemadas, montones de cadáveres á cada paso, regueros de sangre por las escaleras y por los caminos; los patios inundados de sangre; y en aquella horrible soledad gritos de moribundos y risas de furiosos.

En las memorias de Catinat se dan más de seiscientos muertos entre hombres, mujeres y niños; el marqués de Quincy habla de ochocientos soldados y de trescientos paisanos muertos; un prior, testigo y narrador del hecho, afirma que de cinco mil habitantes, cuatro mil fueron muertos.

Y estas atrocidades se cometieron en el siglo de Luis XIV, bajo Luis XIV, por soldados del tiempo de Pascal, de Descartes y de Corneille, en el país por donde había pasado hacía medio siglo Galileo.

Y no obstante, todo permanece olvidado é ignorado.... á cuatro millas de distancia más allá de Cavour.

Sólo los viejos aldeanos y las campesinas de los contornos suben una vez al año, el día de difuntos, á dar la vuelta á la cisterna, en larga fila, recitando el rosario por las "ánimas de la roca."

Y sería un acto piadoso y honrado si se fuese sólo



á rezar por los muertos, pero se vá tambien para recomendar "á las ánimas" el capullo de los gusanos de seda.

Mientras hablábamos de aquella horrenda jornada, veíamos abajo la pequeña ciudad fresca y alegre, una extension de techos de un bello gris claro, algunas manchas rojas ó verdes de muros de casas, cubiertas por un telon de espigas de trigo turco ó por una cortina de pámpanos.

Veíamos la plaza del mercado y el camino real negros de gentes y llegaban á nuestro oído con una sonoridad extraordinaria, sobre el sordo y continuo murmullo de la multitud, gritos estentóreos de vendedores, mugidos de bueyes, cacareos de gallinas, rumores de carros, los sonidos argentinos de una campana acompañados por los golpes de un martillo sobre el yunque, gruñidos y ladridos lejanos, una voz agudísima que ahullaba: "¡calzoncillos á peseta, á peseta, á peseta," y un vozarron de bajo que gritaba: "¡la América!" es decir, una ganga, la mercancía por nada; y de vez en cuando, á intervalos iguales, un altísimo y larguísimo rebuzno.

Fuera de la multitud, la paz tranquila é inalterable que es habitual de los pequeños pueblos: callejas solitarias con niños que jugaban á lo largo de los arroyos, un círculo de señores delante

de una farmacia, galerías interiores de casas donde las mujeres tendían la ropa á secar, un sacerdote en mangas de camisa dentro de un huerto; se veía todo desde un extremo á otro de lo habitado y alrededor el [colegio, la plaza de armas, el campo santo, el paseo: todo lo que basta, en suma, á algunos millares de personas para guarecerse del frio, hacer convenientemente sus cosas, odiarse y morir.

¡Pobres campamentos humanos! ¡Pobres montones de barracas! ¡Qué mísera cosa son, vistos desde el alto, con aquel pequeño campo cerrado por cuatro muros, donde todos van á acabar!



\*  
\* \*

Levantando los ojos de las casas, se ve todo el círculo de los Alpes, desde Montevizo á Monte-Rosa y toda la llanura piamontesa tan vasta y abierta que, cuando está un poco velada por la niebla, como aquella mañana, es cosa de buscar en el horizonte las velas de los barcos y los penachos de humo de los piróscafos.

Parece encontrarse uno sobre la cima de montañosa isla, dentro de una bahía que se extiende desde Saluzzo á Cumiana, desde la colina donde Silvio Pellico escribió sus más dulces versos, hasta el campo en que Víctor Alfieri domó sus más fogosos caballos.

Gustábame contemplar allá abajo aquella hermosa campiña tan uniforme y tan variada á un tiempo, cortada en cuadros verdes y lisos como paños de villar.

Y al ver toda aquella tierra tan cuidadosamente medida, separada y defendida, pensaba de cuántas

reflexiones y de cuántas cuentas era argumento cada una de aquellas figuras geométricas, cuánto papel sellado habían hecho emborronar, cuántas conversaciones de abogados y de procuradores habían provocado aquellos riachuelos, y cuántos viajes tristes á la ciudad y dilaciones eternas en las antecámaras de los tribunales, enemistades de familia, juramentos de venganza, zozobras y marchas desesperadas para lejanos países.

Y entonces me parecía que todos aquellos polígonos de color, tan sonrientes y tranquilos poco ántes, se perseguían y procuraban herirse con sus ángulos agudos, sobreponerse unos á otros, como grandes barcos de colores, de dos flotas enemigas y confusas.

Y pensé que así era, en efecto, y que la batalla duraba hacía siglos y que algun día acabaría con un gran cataclismo, en medio de los gritos de innumerables naufragos; para comenzar poco después con nuevos bríos y durar más largo tiempo, apenas reforzadas las tripulaciones y reparadas las averías.